

Editorial

40

Las modas lo impregnan todo, también las palabras. Y el estado de una época, como el de un grupo, puede reconocerse por las palabras que, en una o en otro, se imponen con el prestigio –nunca reconocido, pero siempre apreciado– de la moda.

Y bien, en nuestra época, no en todos, pero sí en ese grupo que es el de los intelectuales, la palabra de moda es el *empoderamiento*.

(¿Que quiénes son los intelectuales? Aquellos que se consideran tales. No coinciden necesariamente con los estudiosos de las ciencias. A estos se les reconoce por la índole de su trabajo. A aquellos otros, en cambio, por su insistencia en considerarse –reclamarse, y proclamarse– *intelectuales*.)

De modo que no hay nada tan bien visto por ellos, nada tan valorado y recomendado como el *empoderamiento*.

Lo más notable es que son ellos mismos los que, como si fuera su primera obligación y la mejor prueba de su progresismo, critican sin cesar al Poder.

¿Por qué tienden a escribirlo así, con mayúscula, cuando simultáneamente aconsejan y reclaman el *empoderamiento*?

Pues *empoderarse* no significa otra cosa que hacerse con el poder –apoderarse de él.

De modo que critican el poder de los otros a la vez que reclaman el de aquellos con los que simpatizan –entre los que se encuentran, por supuesto, ellos mismos como sus más comprometidos representantes.

Y, así, algo confiesan sin llegar a tener plena consciencia de ello: que es el poder lo único que se toman en serio.

Lo único, en suma, a lo que conceden valor.

¿No es ese, por cierto, el tema exclusivo de *Juego de tronos*? –Ese y su correlato directo: el rodar de cabezas.

He aquí otro de los efectos –también él perverso– de la deconstrucción.